

LA ALBORADA

SANTIAGO, NOVIEMBRE 18 DE 1906.

REFORMAS EN PRO DE LA MUJER

Así como la aurora, lentamente, empieza a destruir las sombras de la noche, así, la mujer, poco a poco, va despertando del pesado letargo en que por tantos años ha permanecido.

Para ello ha sido menester, nó, un continuo batallar, sino una suave oleada de aire puro, que se ha filtrado por las grietas de los inmundos antros, llamados talleres. Y cual penetran los benéficos rayos de un ardiente sol, prestando al cuerpo vitales energías, así, nuestras compañeras de explotación, se han reanimado al llamado de unos seres cariñosos, que la han invitado a formar la gran columna de mujeres emancipadas.

Mui digno de tomarse en cuenta es, este lento, pero seguro movimiento, mas,—forzoso es decirlo,—no se ha prestado la atención necesaria por nuestros compañeros de trabajo y de lucha, para independizar a la mísera esclava que libertaría a las futuras generaciones.

Será inútil cuanto se diga y se haga por mejorar la condición del pueblo productor, si no se aunan todas las energías y todas las voluntades para elevar a la mujer al grado de cultura y libertad, que le corresponde.

Hoy existen muchas mujeres, que, despreciando falsas creencias y añejas preocupaciones, están, valerosamente, trabajando por levantar el nivel moral e intelectual de sus compañeras de taller, por medio de las asociaciones de resistencia y estudios sociales.

Este trabajo aun es lento, pero mafiana, cuando la mujer proletaria esté en completa posesión de sus derechos, será una potente ola que arrastrará desde sus cimientos el pedestal, en que descansan las tiranías y explotaciones que tan pacientemente soporta la infeliz productora.

El punto mas esencial, y que debe prestársele mayor atención, por las que se están preocupándose del bienestar de sus compañeras, es la reglamentación de las horas de trabajo en las fábricas y los talleres. La mujer por su constitución física, es mas débil que el hombre, señalándole de

esta manera la Naturaleza un trabajo mas moderado.

Pero, desgraciadamente, sucede todo lo contrario; trabaja mayores horas diarias que el hombre, y su salario es pésimo. Por el carácter sumiso, en la triste condición de esclavas, por la costumbre de ahogar la protesta que airada se levanta, del fondo del pecho, ante un atropello, soportan infames y vergonzosas explotaciones, que van a locupletar las gabetas sin fondo de audaces capitalistas.

Para estudiar este primer punto, de las reformas que tienen que venir en pró de la mujer proletaria, urge constituirse en sociedades de resistencia y de instrucción para solucionar los medios de alcanzar un mejor salario, con menos pérdida de energías.

DESPERTAR..

Para el valiente adalid femenino
LA ALBORADA.

IV

Enternecedor y hermoso es contemplar, y seguir paso a paso esta natural evolución producida en el espíritu de la mujer obrera; que a la vez que entra resneltamente al campo de la intelectualidad, se apresta también para entablar la necesaria lucha contra la odiosa tiranía del *Capital*.

Nuestro pecho se emociona de júbilo al ver que esas mismas abandonadas e indiferentes mujeres de ayer, hoy se congregan bajo la éjida protectora de una *asociación*, aunan sus esfuerzos y voluntad, cobíjanse todas bajo un mismo escudo y, conscientes de su fuerza y poder, lanzan el ansiado y viril reto....

Ya era tiempo.

Hacia muchos años que de descendencia en descendencia veníamos heredando, ésta, nuestra triste y explotada condición, sirviendo mansamente de máquinas de producción, llenando cada año los talleres y fábricas, reemplazando los puestos que nuestras hermanas dejaron vacíos, después de consumir en ellos todas sus energías, cuando sus músculos y fuerzas nada produjeron y bambalearon como pesados fardos llenos de inmundicias, fueron a terminar

su via-crucis en las blanqueadas salas de un hospital!.....

¡Ignorantes e inculpables ovejas, que sin saberlo, íbamos a las fábricas a establecer una competencia de salarios; a robar parte del irrisorio bienestar de nuestras hermanas, y a desempeñar, por la mitad del jornal, el trabajo que ellas desempeñaban!

Oh! el capital. ¡Como nos atraía con sus engañosas promesas!.....

Trabajos que hasta hace poco, eran exclusivamente de las fuerzas del hombre, pronto pasaron a ser desempeñados por nosotras. ¿Por qué? Porque nuestra condición ofrecía mas garantías y beneficios al Capital.

Nuestra carne era mas productora,—trabajábamos sin protestar, mas horas,—y aceptábamos la mitad del salario que el hombre aperecía: y por otra parte, aceptábamos mansamente las odiosas exigencias y caprichos del Capital y que el hombre no podía aceptar!...

V

Pero llegó el ansiado día en que la chispa brotó, formando incendio en todos los corazones, la luz de una bella alborada iluminó nuestro improductivo cerebro y la fría razón, como un Dios justiciero, tomó posesión de las ruinas de nuestra triste condición y resolvió dar el bienestar y felicidad que al trabajo corresponde.

Y aquí en las columnas de nuestra mui amada hija LA ALBORADA, nos presentamos, anónimas y humildes hijas del pueblo, a dignificar nuestra clase, a esparcir la necesaria semilla en la fecunda tierra de estas columnas que tantos i tan bellos frutos ha producido ya....

Egoistas e indiferentes ¿ois ese murmullo lejano, pero que poco a poco viene transformándose en hermoso y potente himno de triunfo?...

¿Percibis esa lejana claridad, que empieza a iluminar el cerebro femenino y que luego llegará a herir nuestra vista con los resplandores de su gloria?...

Eso que vosotras desconocéis es el *despertar de la mujer*.....

ESTHER VALDES DE DIAZ,
Presidenta de la Asociación de Costureras
Protección, Ahorro y Defensa.

ENSAYOS LITERARIOS

SOÑANDO

Triste invierno desgarraba
el ropaje del estío,
el viento soplaba frío
y las hojas arrastraba,
cruel como el destino mío.

En vano el alma buscaba
un abrigo o un consuelo;
la vista solo, me helaba,
del blanco manto del suelo,
muy blanco, porque nevaba.

Allá lejos el aullido
de la fiera en el desierto,
y en el viento oí el gemido,
de un ser que ya hubiese muerto
y al mundo hubiera venido.

—¿Quién vá allá?.....
Nadie!... tan solo
la sombra vagando vá;
envuelta en brazos de Eolo
alejándose se irá!.....

Un sonido, me despierta,
metálico y funeral.....
¿es mi propia vez incierta,
o es el eco sepulcral
de un alma que yace muerta?

II

¡No es verdad! Ya veo un templo,
un lugar santo y querido
y con delicia contemplo
de la campana el sonido
dando de oración ejemplo.

Y me postro de rodillas,
y es muy dulce despertar,
se alejan mis pesadillas,
y el zumbido oigo vagar
de mil negras abejas.

Hermoso miro el estío,
y una sonrisa vagar
siento por el rostro mío;
el calor sucede al frío,
mis lágrimas a enjugar.

III

Y ya vuelvo a adormecerme,
nada siento en derredor;
ni al tibio aire mecerme,
ni al sol darme su calor,
ni a mi cuerpo, a sostenerme.

Ya me duermo... Me dormí,
placer, luz y fantasía,
¿por qué os alejáis así?...
¡Oh! tú, bella Poesía,
¡seguid soñando por mí!

BLANCA M. DE LAGOS.

¡Cómo tratamos a la mujer!

El Mercurio en su edición del Lunes,
da cuenta de que en Concepción, un su-
jeto llamado Ricardo Hermosilla llegó a

su hogar en estado de ebriedad y como
fuera reprendido con dureza por su espo-
sa, Juana Fierro, la maltrató con tal
furia que momentos despues dejaba de
existir en el Hospital.

Parece mentira haya hombres que pe-
guen a sus mujeres. Si yo no lo hubiera
visto creería que era un cuento invero-
símil, inventado por algún espíritu dia-
bólico con el fin de empequeñecernos,

Por desgracia, he visto muchos años vi-
por primera vez este espectáculo. Era yo
un niño, vivíamos en los suburbios de la
calle Duarte, en un par de piezas, que
los quebrantos de fortuna de mis padres
les había obligado a tomar en casa de un co-
que creían honorable. Días apenas de
nuestra mudanza, fuimos despertados,
al amanecer, por los gritos de la infeliz
esposa que había sido maltratada con una
crueldad sin nombre.

Al traspasar los umbrales de la puerta
hirió mi vista el cuadro más doloroso y
repugnante que es posible concebir. La
pobre yacía en tierra sin sentidos.

Había sido arrastrada por los cabellos,
desde su lecho al centro de la pieza. Su
escasa camisola, hecha jirones, cubrían
pequeñas partes de su cuerpo. Su pelo en
desorden caía sobre su rostro marchito y
sin señales de vida. Sus blancos senos,
lacios por las vijillas y los golpes, y los
patacones rojos de su cuerpo, aquí y allá
sembrados, acusaban el crimen más infa-
mante de que es posible acusar a un
hombre. Casi sobre ella, el bruto, de pié,
vacilante, con mirada torva y rostro amo-
rotado, hediendo a bodega y a tabaco, no
podía disimular, ni aun en medio de su
borrachera, el disgusto de que se le hubiese
sorpresa en una acción tan baja y que
ojos extraños pudieran contemplar des-
nudas las hermosas formas de su mujer,
a que solo él tenía derecho. Recibía el
primer castigo.

Había sido militar en la guerra contra
el Perú y Bolivia y los gruesos tacones
de sus botas, que hoyaran el desierto con
empuje varonil, dejando huellas del paso
de las huestes vencedoras, marcaban
ahora en el cuerpo de su mujer el rastro
de su vergüenza.

Casi a diario he leído despues, en la
prensa, hechos como este o parecidos a
estas cosas, que a mi juicio, no debían publi-
carse, sino reprimirse con la mayor du-
reza.

Cuando tales cosas leo, un soplo de
vergüenza cruza por mi rostro y confun-
de mi alma. Siento algo así, como si la
naturaleza toda protestara de semejante
aberración y me parece sentir en los
sepulcros de nuestros padres que nos
dieran libertad, el ruido de sus cenizas,
movidas por la indignación, el crujir de
las cadenas que rompieran con su valor
y que bien merecidas las tendríamos por
nuestra vileza. Ya me parece ver a los
rayos de la luna, en las selvas vírgenes,
aun de la araucanía, las sombras de
Lautaro y Caupolicán tristes y avergon-
zadas, al ver que tres siglos de lucha
titánica, mil y mil hechos heroicos lleva-
dos por ellos a cabo, ni nos han estimu-
lado al ejemplo, ni hemos sido capaces de
conservar el brillo de tanta gloria.

¡Ellos ponían su pecho a las metrallas,
rompían con sus mazas los cañones, no-
sotros pegamos a las mujeres!...

¿Hay algo más bajo que esto? Pegar a
la mujer que es la depositaria de nuestro
honor, ¿no es rebajarnos así mismos?

Maltratar a la madre de nuestros hijos
¿no es abofetear el rostro de nuestros
descendientes, insultar las generaciones
futuras?

¿Es posible que el más limpio albor
de nuestra dicha, en cuyo seno bebimos
la felicidad suprema de la vida, sea el
estropajo que barre la piedra del hogar?
La sangre araucana que es la más

noble que llevamos en nuestras venas,
no fué derramada para maltratar muje-
res sino para darnos libertad y dejarnos
el más grande ejemplo de hombría y
de valor.

El animal más imperfecto jamás ataca
a la hembra, el perro más rabioso nunca
muerde a su compañera y el hombre
que luce en su cerebro el faro de la
razón, que dice con orgullo es el rey de lo
creado, desciende más que ellos.

¡Cobardes! Y despreciarán a Judas
porque vendió a su Maestro, un crimen
mucho menor, sin embargo Judas, arre-
pentido de su falta, buscó la soga y el
árbol que puso fin a sus días. Algo más
debieran hacer los que maltratan a la
mujer; tienen atributos que le están de-
mas como hombres.

*
* *

Estos tratamientos vergonzosos se
están generalizando demasiado entre no-
sotros para que sigamos haciéndonos
cómplices con el silencio.

No es ya el roto, el peon, la «chusma»,
como dicen algunos, los que por su nin-
guna educación, han descendido tanto;
son los artesanos, la clase media y aun
los que se dicen caballeros, los que tal
hacen.

Es increíble, que el vicio de la embria-
guez nos haya hecho retroceder tanto.

Tres mil años atrás los orientales pu-
sieron en boca de Sarmagasta esta frase
memorable que un hombre no debe
olvidar nunca: «No pegues a una mujer,
ni siquiera con una flor». Y este pueblo
que siempre ha gozado de fama varonil y
de civilizado, ha descendido más que los
bárbaros de la antigüedad!

Hoy día que la mujer está despertando
a la vida, que en todas partes se la está
rodeando de esas delicadas atenciones
que su debilidad reclama de nuestra
fuerza, que criterio se formarían de los
hijos de Chile, si supieran en lo que
empleamos nuestra energía y valor.

Si la embriaguez nos empuja a tales
bajezas, reprimámonos en las bebidas; si
son las intemperancias de la esposa,
hagámosla comprender con prudencia y
firmeza, lo fuera de su sexo que se colo-
can queriendo reprender al marido, el
ridículo que hacen queriendo calzar los
pantalones, lo que pierden en belleza y
atractivos pretendiendo usar armas que
no les ha dado la natura.

Ahora si hemos agriado su carácter con
grosera indiferencia, si solo las atencio-
nes se limitaron a los primeros días de
matrimonio, si hoy nos parecen feas y
sin atractivos, no olvidemos que hemos
marchitado sus encantos con nuestra
conducta, rodeémosla de cuidados y de
esas pequeñas atenciones, que tanto
agradece la mujer y, estoy seguro, que en
poco tiempo, no habrá esposo que no
encuentre en su hogar la felicidad y
atractivos que buscan en la taberna y
otras mujeres.

Que sea nuestro brazo el escudo de su
cuerpo, que sea nuestro cariño el pedes-
tal más sólido de su belleza y nobles
sentimientos y habremos dignificado a la
madre de nuestros hijos, a la tierna e
inagotable depositaria de nuestra felici-
dad y habremos cumplido con nuestro
deber.

No demos por más tiempo, al mundo,
el espectáculo extraño de escupir nuestro
propio rostro, al herir sus mejillas; no
crucemos la faz de nuestros hijos y je-
neraciones venideras, con el látigo de la
vergüenza, pegando a las que son sus
madres; no enlodemos por más tiempo
los claros timbres de orgullo que nos
legaran nuestros antepasados, dando
lugar a que se nos llame cobardes.

RICARDO GUERRERO O.